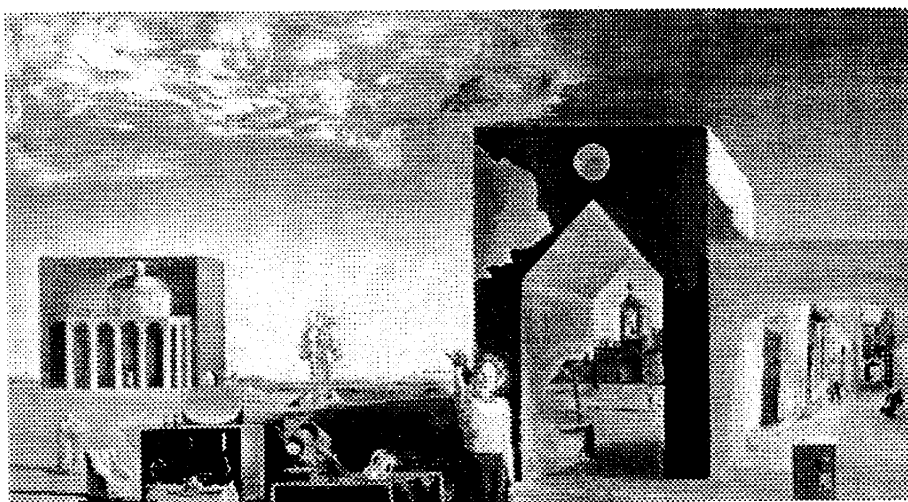


Realidad e idealidad en Emma Bovary

Ps. Cristina Zabalegui



Ps. Cristina Zabalegui
Brito del Pino 1348 ap. 5
Tel. 79 99 22

Resumen

A partir de una reflexión sobre la neurosis –la histeria, en este caso– esta nota es, en realidad, un ejercicio de psicoanálisis aplicado tomando como pretexto al personaje de la novela de Gustave Flaubert, que considero un paradigma de personalidad histérica. La riqueza de la descripción flaubertiana, así como la amplitud de la propia novela, indicaban la necesidad de un recorte, privilegiando algún rasgo dominante. Puse así el acento en todo lo referente al narcisismo de Emma y su trágica búsqueda de coincidencia con un yo ideal. Pareciéndome ineludibles, agrego, a modo de apéndice, algunas reflexiones sobre el personaje pertenecientes a Mario Vargas Llosa, extractadas de su estudio “La orgía perpetua”, una apasionada defensa de Emma Bovary.

Summary

Taking a reflection on neurosis as a starting point –in this case hysteria– this note really is an exercise of applied psychoanalysis, taking as pretext a character of Gustave Flaubert’s novel, which I consider a paradigm of a hysterical personality. The opulence of Flaubert’s description, as well as the magintude of the very novel, suggested the need of a trimming, highlighting a prevailing feature. So, I emphasised everything related to Emma’s narcissism and her tragic quest for coincidence with an ideal self. As I consider it cannot be left out, I added as an appendix, some reflections on the character made by Mario Vargas Llosa, taken from his study “La orgia perpetua”, a passionate defense of Emma Bovary.



Realidad e idealidad en Emma Bovary

«*Qu'est-donc* que nous crie cette avidité et cette impuissance sinon qu'il y a eu autrefois dans *l'homme* un véritable bonheur, dont il ne lui reste maintenant que la marque et la trace toute vide *qu'il essaye* inutilement de remplir de tout ce qui *l'entourne*, recherchant des choses absentes le secours *qu'il n'obtient pas* des présentes, mais qui en sont toutes incapables, parce que le gouffre infini ne peut être rempli que par un objet infini...»

«Qué es, entonces, lo que nos grita esta avidez y esta impotencia sino que hubo una vez en el hombre una verdadera felicidad, de la cual no le queda ya hoy más que la marca y la huella vacía que trata inútilmente de llenar con todo lo que le rodea, buscando en las cosas ausentes el auxilio que no obtiene de las presentes, de lo cual todas son incapaces, porque el abismo infinito no puede ser colmado más que por un objeto infinito...»

«*Pensées*» - Pascal

La historia de «Madame Bovary» es la de una soñadora que comete el error de confundir sus sueños con la realidad.

Emma Bovary, nacida Rouault, es hija de agricultores de mediana posición. Muertos su hermano y su madre, vive con su padre en una granja de Normandía.

Allí conoce a su futuro marido, Charles Bovary, «Oficial de Sanidad», llamado a la granja para atender al padre por la fractura de una pierna. Charles no completó los estudios de Medicina, de modo que no posee el título de Médico Cirujano. Como Emma, es hijo de pequeños propietarios agrícolas pero, a diferencia de ella, es sólo un buen hombre sin ambiciones, trabajador, algo ridículo y carente de imaginación, a quien su madre, mujer ambiciosa y dominante, casó con una viuda rica mayor que él.

Charles se enamora de Emma. Poco tiempo después enviuda y pide su mano. Se casan. Flaubert la describe así, en el primer encuentro con Charles:

«(...) se quejó de que el jardinero no entendía de flores ni las cuidaba bien. Ella hubiera querido pasar el invierno en la ciudad, aunque también eran aburridos en el campo los días larguísimos del verano y, a medida que hablaba su voz era clara, aguda, lánguida y a veces modulaba de forma que acababa en murmullos, *como hablándose a sí misma* (el subrayado es mio); tan pronto alegre, dilatando sus ojos ingenuos, como triste, entornando los párpados, anegando de hastío la mirada y dejando vagar el pensamiento» (G. Flaubert).



Realidad e idealidad en Emma Bovary

Una serie de elementos nos habla aquí de la personalidad de Emma: la insatisfacción, la labilidad afectiva, la seducción, el narcisismo, el hastío.

A diferencia de la mayoría de las mujeres de su entorno, había sido educada en Rouen, en el convento de las Ursulinas. Allí había tenido oportunidad de leer a los autores románticos, lectura que se adecuaba a su temperamento. Habituada a la quietud de la granja paterna, estaba ávida de emociones fuertes:

«De todas las cosas necesitaba asimilarse algo que le llegara al corazón repugnando todo lo demás como inútil y, siendo su temperamento más sentimental que artístico, buscaba emociones y no paisajes» (G. Flaubert).

Parecía identificarse con todo aquello que contribuyera a la elaboración de la imagen ideal de sí misma que había construido y a la que anhelaba parecerse.

«Cuando murió su madre Emma lloró mucho los primeros días. Encargó que le hiciesen un cuadro fúnebre con cabellos de la muerta y, en una carta que escribió a su padre, toda llena de reflexiones tristes sobre la vida, pedía que la enterrasen, el día de su muerte, en la misma tumba de su madre». (G. Flaubert)

«El pobre padre se alarmó, creyendo que estaba enferma, y fue a verla. Emma tuvo en aquella ocasión la satisfacción interior de verse llegar de golpe a ese extraño ideal de las existencias pálidas al cual no alcanzan jamás los corazones mediocres. Se dejó perder en los laberintos lamartinianos, oyendo las arpas en los lagos, el

canto del cisne al morir, las hojas caídas, las vírgenes puras ascendiendo al cielo y la voz del eterno retumbando en los bosques sagrados». «Llegó al fin a cansarse de todo eso sin confesarlo» (...) (G. Flaubert)

Las religiosas habían creído en la vocación de Emma, pero ella las decepcionó.

«Aquel espíritu, positivo en medio de sus entusiasmos, que amaba la Iglesia por las flores, la música por la letra de las romanzas y la literatura por lo que tenía para ella de excitación pasional, insubordinábase ante los misterios de la Fe como se irritaba ante la disciplina por antipática a su constitución». (G.F.)

Al cabo de un tiempo, sin embargo, extrañaba el convento, cobrándole antipatía a la vida del campo. ¿Añoraba, como dice Flaubert, «la languidez mística del incienso»?

Charles no colma el Ideal de Emma:

«A medida que entre ambos iba estrechándose la intimidad, iba produciéndose una separación interior que la desligaba de él». (G.F.)

Charles no es, evidentemente, el objeto que ha de colmar la brecha que separa su Yo de su Ideal del Yo, o -para usar la terminología de D. Lagache- de su Yo-Ideal, ideal derivado más del narcisismo que de la conflictiva edípica.

Emma se preguntaba:

«¿No debería un hombre conocerlo todo, distinguirse por sus múltiples actividades, iniciar a la mujer en las energías de la pasión, en los refinamientos de la vida y en todos sus misterios?» (...) «Pero Charles no le enseñaba nada porque él tampoco sabía nada y nada deseaba saber. El creíala dichosa y ella, en cambio, iba cobrándole odio a causa de aquella calma» (...)» (G.F.)

Emma había querido:

«(...) creer que existía en ella una pasión maravillosa, quieta hasta entonces, como un ave hermosa de rosado plumaje que hubiera estado cerniéndose en esplendorosos cielos poéticos, sin poder imaginar que la calma en que hasta entonces había vivido fuese la felicidad que había soñado». (G.F.)

Emma no posee el don de descubrir belleza en lo sencillo y

cotidiano y carece de verdadera capacidad sublimatoria. Para sentir necesita grandes estímulos, emociones intensas. Busca afanosamente algo con qué colmar el sentimiento de vacío y la insatisfacción. Paulatinamente vamos percibiendo cuánto hay en ella de muerte y sufrimiento; sufrimiento al que, erróneamente, atribuye causas y soluciones externas.

Su ansia de completud sólo podrá ser calmada por un objeto que la complete *totalmente*: un marido bello, espiritual y distinguido; alguien a la altura de su Ideal. Un astro que le preste algo de su brillo para poder sentirse valiosa.

Cuando, al comienzo de la novela, Flaubert describe la casa paterna de Emma, destaca en el salón:

«(...) como ornamento de la habitación, colgaba de un clavo, en medio de la pared cuya pintura verde descascaraba la humedad, una cabeza de Minerva al lápiz, con marco dorado y esta inscripción:

«A mi querido papá.»

Esa desafiante Minerva, equivalente romano de la diosa Pallas Atenea, nacida de la cabeza de su padre, Zeus, y armada de lanza, escudo y yelmo aparece como una condensación del narcisismo fálico de Emma, a la vez que de su grandiosidad.

En agradecimiento a una cura efectuada por Charles, Emma y su marido son invitados a un baile en el castillo de un aristócrata del lugar. Al contacto con la fastuosidad y el refinamiento de ese ambiente, la insatisfacción de Emma no hace más que acrecentarse: ese es el mundo al que ella pertenece, el que ella se merece.

«Emma fue haciéndose caprichosa y díscola. Encargaba platos especiales que luego no probaba. Un día no tomaba más que leche y al siguiente tazas de té por docenas. A menudo se obstinaba en no salir y luego se sofocaba, abría las ventanas, se vestía con ropas ligeras. Después de haber reñido a la criada le hacía regalos y le daba permiso para pasar el rato en casa de los vecinos, de igual modo que a veces daba a los pobres todas las monedas de plata que tenía, a pesar de no ser muy compasiva ni fácilmente accesible a la emoción, como la mayor parte de las gentes que tienen origen campesino, en cuya alma existe siempre algo de la callosidad de las manos paternas».



Realidad e
idealidad en
Emma Bovary

Intuitivamente, Flaubert capta en esta última imagen algo que parece tener que ver con la identificación de Emma con la figura paterna.

En una carta a Louise Colet, Flaubert resume así su opinión de las mujeres:

«No son sinceras consigo mismas; no se confiesan sus verdaderos sentimientos; confunden sus entrepiernas con sus corazones y creen que la luna se inventó para iluminar sus alcobas». (G.F.)

Emma comienza a imitar la vida de los aristócratas. Se suscribe a revistas que traen ecos de la vida en «sociedad». Persuade a Charles de mudarse y se trasladan a otro pueblo, no muy diferente de aquel donde vivían. Ella creía, seguramente, que cambiando de lugar iba a cambiar su vida ya que:

«(...) no creía que podían pasar las mismas cosas en sitios diferentes (...)».

Y, fiel a su hábito de buscar fuera lo que falta internamente, otorga a las cosas, especialmente a las ropas y decorados, un significado mágico: el de transformar la odiada realidad. Comienza a endeudarse mucho más allá de lo que le permiten sus medios, a fin de convertirse en la Emma que «debería» ser.

En el nuevo pueblo, Yonville L Abbaye, la pareja se relaciona con los notables del lugar, cuyo círculo frecuenta un joven estudiante de Derecho: León Dupuis. Este es descrito como una suerte de doble masculino de Emma, cuyos aspectos bisexuales inconscientes son aludidos varias veces en la novela:

«(...) sus pómulos eran rosados. Llevaba, como los hombres, (subrayado mío), sujetos entre dos botones de su corpiño, unos lentes con armazón de carey».

Emma y León se enamoran con amor platónico:

-¡Oh! Yo adoro el mar -dijo León

-Y además -agrega Emma- ¿no le parece a usted que el espíritu vaga más libremente sobre esa extensión sin límites cuya contemplación eleva el alma y da la idea de lo infinito del Ideal?»

Se inventa un amor imposible, adoptando el papel de esposa fiel y sacrificada. Queda embarazada (de su marido):

«Emma deseaba un hijo: había de ser fuerte, moreno y se llamaría Georges. Esta idea de *tener un hijo varón era como la esperanza de un desquite de todas sus pasadas impotencias*. (subrayado mío). Al menos un hombre es libre, puede tener pasiones, correr países, salvar obstáculos, saborear dichas más lejanas». (G.F.)

Idealiza la condición de hombre y, como histérica que es, confunde el pene con el falo. Esto no significa que la afirmación anterior carezca de legitimidad.

Nace el bebé y cuando le dicen que es una niña, se desmaya. Entregará su hija a una campesina del lugar para que la críe; allí la visitará de vez en cuando. La llama Berthe.

Atribuye a León todas las cualidades que desearía que tuviera y, cuando la realidad desmiente la imagen creada, la desconoce, como cuando en un paseo descubre que:

«Lleva navaja en el bolsillo, como un campesino» (G.F.).

Inmersa en sus fantasías cree, como la Cenicienta, que es posible convertir las calabazas en carrozas.

Cuando aparece en su vida el comerciante y usurero que la llevará a la ruina y comienza su paulatino endeudamiento, cambia súbitamente:

«Sus palabras, sus maneras, todo cambió. Se la vio cuidarse más de la casa, ir a la iglesia con regularidad y hablar a su criada más severamente. Retiró a Berthe de la casa de la nodriza (...). Declaraba adorar a los niños; eran su consuelo, su alegría, su locura y acompañaba sus caricias con expansiones líricas (...)» (G.F.).

León parte a París a completar sus estudios. El Ideal le había exigido a Emma sacrificar su amor, pero:

«Una mujer que se había impuesto tantos sacrificios no podía no incurrir en ciertas extravagancias. Compróse un reclinatorio gótico y gastó en un mes catorce francos en limones para limplarse las uñas (...) A menudo variaba el peinado: hacíasele a la china, con bucles (...) o se recogía el cabello por detrás, *como un hombre*». (subrayado mío). (G.F.)

Con la partida de León, Emma se hundió en la melancolía:



Realidad e idealidad en Emma Bovary

«(...) en el adormecimiento de su conciencia tomó las renunciaciones hacia el marido por aspiraciones hacia el amante, las quemaduras del odio por el calor de la ternura y como el huracán soplaba siempre y la pasión se consumió hasta las cenizas y nada vino a socorrerla ni ningún sol apareció, vióse rodeada de una noche completa y permaneció perdida en un frío horrible que la traspasaba». (G.F.)

En ausencia de un objeto que le preste investidura, surgen la angustia y los sentimientos de vacío. Más que la pérdida del objeto parece importar la pérdida narcisista.

Pero en la gran fiesta popular que acompaña los comicios agrícolas, conoce a Rodolphe Boulanger, un poderoso propietario, donjuanesco y cínico.

Una imagen metaforiza el proceso inconciente de Emma:

«Emma no sabía que la lluvia, cayéndose en las azoteas y estancándose, llega a formar goteras, y permaneció tranquila, hasta que de repente, descubrió una grieta en la pared». (G.F.)

Cae la represión y se convierte en amante de Rodolphe, secretamente al comienzo y descaradamente después, cuando comienzan los pasajes al acto. El único en el pueblo que no se entera es Charles.

Rodolphe le hará conocer los placeres que no había gozado nunca. Emma no lo ve, a él tampoco, como realmente es, y Rodolphe, al poco tiempo, se aburre de su ingenuo lirismo y comienza a especular sobre cómo desembarazarse de ella, que veía en él la imagen ideal de sí misma y el objeto que le daría la completud deseada.

«Repetíase a sí misma: tengo un amante!, ¡un amante!» (...) Parecíale hacer la entrada en algo maravilloso donde todo fuera pasión, éxtasis, delirio». «Sentía que ella misma iba convirtiéndose en una parte real de sus fantasías y que realizaba el largo sueño de su juventud, considerándose como el tipo de enamorada que tanto había envidiado». (G.F.)

Cree haberlo convencido de huir juntos, pero el día en que deben partir, Rodolphe no llega sino que le envía una carta de despedida en la que finge sacrificarse por el bien de ella. El mundo

fantástico en el que vivía replegada, cae hecho añicos. En el momento que está por arrojarlo desde el balcón la llama Charles.

Cae en un estado de postración descrito inequívocamente por Flaubert como una conversión histérica. En la novela, el diagnóstico es de «fiebre cerebral».

«(...) creyeron que era delirio y, en efecto, lo tuvo a partir de la medianoche. Se había declarado una fiebre cerebral». Charles «(...) estaba desesperado porque no hablaba, no oía y hasta parecía no sufrir (...)» (G.F.).

Al sufrimiento por la pérdida del amor se une el derrumbe del narcisismo y no sabemos cuál de los dos es más terrible, si el duelo por la ausencia de Rodolphe, o el duelo por la pérdida de la autoestima y de la imagen ideal con la cual había creído, ilusoriamente, coincidir.

Lentamente se recupera y recurre a una nueva identificación:

«Quiso ser una santa» (...) «compró rosarios, se puso amuletos y deseaba tener en su alcoba, a la cabecera de la cama, un relicario engarzado de esmeraldas para besarlo todas las noches». «El cura se maravillaba de estas disposiciones, por más que calculaba que la devoción de Emma, a fuerza de fervor, podía acabar en herejía y aun en extravagancia». (G.F.)

La libido sexual que antes había depositado en Rodolphe, pasaba ahora a investir, inmodificada, los objetos religiosos.

Deseando hacerla feliz, Charles adquiere billetes para concurrir a la ópera, para lo cual deben viajar a Rouen. Allí reencuentran a León. Esta vez, Emma no está dispuesta a ningún sacrificio. Inventándose una súbita vocación musical, persuade a Charles para que le dé su acuerdo para tomar clases de piano en Rouen.

La relación con Rodolphe y el posterior desengaño habían barrido con la ingenuidad y el lirismo. Ahora miente sin escrúpulos; se endeuda en sumas grandiosas, adquiriendo objetos costosos para sostener la imagen ideal, fiel a su hábito de actuar afuera lo que no puede elaborar internamente: la castración. Parece creer que vistiendo la realidad con el ropaje de la idealización logrará transformarla y transformarse. La realidad le gana la partida. No puede pagar las deudas y le embargan todos sus bienes. Charles sabrá entonces que lo ha estado engañando.



*Realidad e
idealidad en
Emma Bovary*

Desesperada, le pide a León que robe en la escribanía para pagarle la deuda al usurero, pero él ha terminado atemorizándose de sus desbordes y exigencias. No puede seguirla en esto. Emma, por su parte, ya no lo ama, si es que alguna vez lo amó.

Ante la amenaza de ser descubierta, acude a Rodolphe para pedirle dinero. La respuesta es negativa: está sola.

Convence a Justin, el joven ayudante del boticario, que la ama secretamente, para que le abra el armario donde se guardan los venenos. En un pasaje anterior, Flaubert describía así el amor del joven:

«Sin duda Emma no se había fijado en esas contemplaciones tímidas y silenciosas. No sospechaba que el amor que había desaparecido de su vida palpitaba allí, a su lado, bajo aquella camisa de tela burda y en aquel corazón adolescente (...) (G.F.).

Se suicida.

«Emma pensaba que en aquel momento iban a acabar para ella todas las traiciones, las bajezas, los anhelos que la atormentaban. No odiaba ya a nadie; una penumbra crepuscular envolvía su pensamiento y, de todos los ruidos terrenales, Emma no percibía más que la triste lamentación de su pobre corazón, dulce y vaga como el último eco de una armonía que se extingue a lo lejos». (G.F.)

El otro polo del Ideal, el superyó, irrumpe abruptamente en la escena psíquica, descargando todo su sadismo, aniquilando al Yo indefenso con un último pasaje al acto.

Una agonía larga y terrible precede a la muerte.

En esta nota quise subrayar un aspecto que estimo fundamental en las organizaciones histéricas: el del Ideal del Yo (o, como dije más arriba, Yo-Ideal, para Lagache) relacionado estrechamente a la corriente narcisista, la cual, desde mi punto de vista, constituye un elemento fundamental a tomar en cuenta en la histeria.

El fin trágico de Emma nos enfrenta al hecho de que, contrariamente a lo que se oye comúnmente pregonar, las neurosis no son trastornos leves. Sabemos que en la histeria existe un riesgo serio de suicidio y yo creo que ese riesgo tiene relación con las pérdidas, especialmente en situaciones de vergüenza y humilla-

ción, donde lo que está en juego es la autoestima, es decir, las heridas narcisistas, tanto como las pérdidas objetales, si no más.

En los momentos en que se desmorona el Ideal del Yo (o Yo-Ideal), la histérica (o el histérico) se ven transformados en el negativo del Ideal. Estimo que es en esas circunstancias, a la vez depresivas y vergonzantes, donde claudican las defensas, se acentúan los sentimientos de vacío y queda abierta la vía para el pasaje al acto, que se produce el riesgo de suicidio.

No creo posible referirse al personaje de Emma Bovary sin hacer referencia al estudio que le dedica Mario Vargas Llosa en su libro «La Orgía Perpetua».

Allí, Vargas Llosa asume la defensa apasionada de Emma; se identifica con ella y condena a la sociedad en la cual le tocó vivir. Su punto de vista es esencialmente social. Es en esa sociedad y en esa cultura donde encuentra las causas del drama de esta mujer.

En la novela, el personaje es mostrado a través del prisma deformante de la misoginia de Flaubert, quien de alguna manera sólo parece ver en Emma lo que conviene a su concepción de las mujeres. Flaubert descarga en Emma el mismo desprecio y la misma condena que arrojaban sobre ella las concepciones morales del siglo en que vivió; concepciones no tan lejanas aún para nosotros.

Mme. Bovary es, en cierto sentido, una novela aleccionadora. Es como si Flaubert nos dijera: «éste es el destino que la vida les reserva a las mujeres que no se contentan con su suerte». Pero ¿qué le deparaba el destino a una mujer de provincias en el siglo XIX?

Dejemos hablar a Vargas Llosa:

«Las ambiciones por las que Emma peca y muere son aquellas que la religión y la moral occidentales han combatido más bárbaramente a lo largo de la historia. Emma quiere gozar, no se resigna a reprimir en sí esa profunda exigencia sensual que Charles no puede satisfacer porque ni sabe que existe, y quiere, además, rodear su vida de elementos superfluos y gratos, la elegancia, el refinamiento, materializar en objetos el apetito de belleza que han hecho brotar en ella su imaginación, su sensibi-



*Realidad e
idealidad en
Emma Bovary*

lidad y sus lecturas. Emma quiere conocer otros mundos, otras gentes, no acepta que su vida transcurra hasta el fin dentro del horizonte obtuso de Yonville y quiere, también, que su existencia sea diversa y exaltante, que en ella figuren la aventura y el riesgo, los gestos teatrales y magníficos de la generosidad y el sacrificio. La rebeldía de Emma nace de esta convicción, raíz de todos sus actos: no me resigno a mi suerte, la dudosa compensación del más allá no me importa, quiero que mi vida se realice plena y total aquí y ahora. Hay sin duda una quimera en el corazón del destino ambicionado por Emma, sobre todo si se lo convierte en patrón colectivo, en proyecto humano. Ninguna sociedad podrá ofrecer a todos sus miembros una existencia semejante y, de otra parte, es evidente, para que la vida en comunidad sea posible, que el hombre debe resignarse a embridar sus deseos, a limitar esa vocación de transgresión que Bataille llamaba el Mal. Pero Emma representa y defiende de modo ejemplar un lado de lo humano brutalmente negado por casi todas las religiones, filosofías e ideologías y presentado por ellas como motivo de vergüenza para la especie. Su represión ha sido una causa de infelicidad tan extendida como la explotación económica, el sectarismo religioso o la sed de conquista entre los hombres. Al cabo de un tiempo, sectores cada vez más amplios, -ahora hasta la iglesia- han llegado a admitir que el hombre tenía derecho a comer, a pensar y expresar sus ideas libremente, a la salud, a una vejez segura. Pero todavía, como en los tiempos de Emma Bovary, se mantienen los mismos tabúes -y en esto la derecha y la izquierda se dan la mano- que universalmente niegan a los hombres el derecho al placer, a la realización de sus deseos. La historia de Emma es una ciega, tenaz, desesperada rebelión contra la violencia social que sofoca ese derecho».

«Es porque su fantasía y su cuerpo, sus sueños y sus apetitos se sienten aherrojados por la sociedad, que Emma sufre, es adúltera, miente, roba y, finalmente, se suicida. Su derrota no prueba que ella estaba en el error y los burgueses de Yonville L'Abbaye en lo cierto (...).».

Bibliografía

Flaubert, Gustave. *Madame Bovary* (novela); Editores Mejicanos Unidos, S.A., Ediasa Libros, México, 1973.

Flaubert, G. *Madame Bovary* (novela), Hispamérica, Ediciones Orbis, S.A. y Rodrigo Balcells y Altarriba, Proyectos Editoriales S.A. 1982, Hispamérica Ediciones Argentina S.A., 1982.

Chasseguet-Smirgel, Janine, *La Maladie d'Idéalité*, Essai Psychanalytique sur l'Idéal du moi; Editions Universitaires, «Emergences», París, 1990.

Laplanche, Jean: Panel sobre *La histeria hoy*, publicado en Int. J. Psycho. Anal., 1974, 55, 4.

Laplanche, Jean y Pontalis J-B. *Diccionario de Psicoanálisis*, Editorial Labor, Barcelona, 1971.

Vargas llosa, Mario, *La Orgía Perpetua*, Editorial Bruguera S.A., Barcelona, 1975.



Realidad e
idealidad en
Emma Bovary